

## El arrepentimiento en la vida cristiana

El movimiento pentecostal es diverso y de muchas maneras ha buscado la santidad; no obstante, la mayoría de los pentecostales creen en resistir el pecado y vivir en obediencia. Sin embargo, algunos sectores del pentecostalismo no fomentan el arrepentimiento después de la conversión. Además, el reciente movimiento de la *hipergracia* ha estado restándole importancia, enseñando que Cristo perdonó los pecados en la cruz; por lo tanto, el arrepentimiento es una obra de justicia redundante. Más aún, algunos sermones son como lecciones de autoayuda y pensamiento positivo. Según estos, los cristianos por si mismos pueden mejorar sus vidas. La Biblia enseña que todo crecimiento genuino o transformación espiritual empieza con el arrepentimiento y nuestra admisión de impotencia. Sin embargo, el Señor nos exhorta con estas palabras, «Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Por lo general, asociamos el arrepentimiento con la experiencia de la conversión, como debería ser (véase Hechos 2:38). Les decimos a los incrédulos que confiesen sus pecados para que Dios los perdone. Sin embargo, la Biblia nos enseña que el arrepentimiento también es necesario en la Iglesia y la vida de los cristianos. En el Nuevo Testamento, el llamado al arrepentimiento va dirigido al incrédulo (véase Hechos 17:30), al judío (véase Hechos 2:38) y al cristiano por igual (véase Apocalipsis 2:5). Para cada grupo, se usa una palabra griega para el verbo «arrepentirse» (*metanoeo*). El verdadero arrepentimiento incluye la confesión de los pecados tanto para el incrédulo (véase Marcos 1:5) como el judío (véase Mateo 3:2-7) o cristiano (véase 1 Juan 1:9). El arrepentimiento expresado en el Salmo 51, Santiago 5:16, 1 Juan 1:9 y Apocalipsis 2:5 no se refiere a los impíos tornándose al Señor por primera vez, sino a los creyentes. Si bien los pecadores deben confesarse, la Biblia enseña que los creyentes también deben confesar cualquier pecado posterior

a su conversión. En lo que llamamos el Padrenuestro, Jesús nos enseña que oremos, «perdona nuestros pecados» (Lucas 11:4).

### **La doctrina de la Iglesia de Dios acerca del arrepentimiento**

La Iglesia de Dios ha afirmado la importancia del arrepentimiento y la confesión. La *Declaración de fe* lee: «Creemos... Que todos han pecado y han sido destituidos de la gloria de Dios, y que el arrepentimiento es ordenado por Dios para todos y necesario para el perdón de los pecados». Si bien esta declaración claramente requiere que los incrédulos se arrepientan, el hecho de que el arrepentimiento sea «necesario para el perdón de los pecados» sugiere que los cristianos que cometen pecados deben arrepentirse si esperan obtener el perdón de Dios. El Nuevo Testamento asegura a los cristianos que pueden vivir en obediencia a Dios. Por ejemplo, Juan declara: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis» (1 Juan 2:1). Sin embargo, *si* un creyente pecara, debería tornarse arrepentido hacia Dios (1 Juan 2:2). El papel del arrepentimiento en la vida cristiana se aclara en los «Compromisos prácticos de la Iglesia de Dios», en donde encontramos lo siguiente: «Cuando confesamos nuestros pecados a Dios, encontramos el perdón divino (1 Juan 1:9-2:2)». El confesarnos las faltas permite que solicitemos la oración y sobrellevemos las cargas los unos de los otros (véanse Gálatas 6:2; Santiago 5:16). La confesión significa el reconocimiento de nuestros pecados, la admisión de la culpa. En la Biblia, la *confesión* es un componente del arrepentimiento y a veces es usado indistintamente (véanse Levítico 16:21; Nehemías 1:6-9; Mateo 3:2-6; Hechos 19:18).

### **El arrepentimiento de los creyentes en el Antiguo Testamento**

En el Antiguo Testamento, los israelitas eran el pueblo del pacto de Dios, pero se les instruyó que confesaran sus pecados (véanse Levítico 5:5; 1 Reyes 8:47; Jeremías 25:5; Ezequiel 14:6). Nehemías es un gran ejemplo. Este se encontraba en el exilio, sirviendo como el copero del

rey Artajerjes de Persia. Allá recibió noticias de que la ciudad de Jerusalén estaba en gran aflicción y con sus muros derribados. La mala noticia puso a Nehemías de rodillas con lloro, ayuno y clamor, como leemos en Nehemías 1:4-10: «Te ruego, Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guardas el pacto y tienes misericordia de los que te aman y observan tus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos. Confieso los pecados que los hijos de Israel hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado». Nehemías confesó sus pecados, los de su familia e Israel (compárelo con la oración de Daniel 9:3-20).

### **El arrepentimiento de los creyentes en el Nuevo Testamento**

En su primera carta a la iglesia corintia, Pablo reprende a los creyentes por las áreas en que las que estaban quedándose cortos. En su segunda misiva, les dice: «Ahora me gozo, no porque hayáis sido entristecidos, sino porque fuisteis entristecidos para arrepentimiento...» (2 Corintios 7:9). Su reprimenda en su primera carta los entristeció y ese pesar provocó su arrepentimiento. Aunque los lectores corintios eran cristianos, tenían que arrepentirse de su comportamiento pecaminoso.

La Escritura nos alienta a confesarle nuestros pecados a Dios, y en algunos casos, el uno al otro. Leemos en Santiago 5:16: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho». Esta confesión tiene dos resultados positivos. En primer lugar, cuando nos confesamos con Dios, somos perdonados y libertados del poder y la esclavitud de la culpa y la vergüenza del pecado. En segundo lugar, el confesarnos los unos a los otros permite que solicitemos la oración y sobrellevemos las cargas. Santiago nos instruye que confesemos nuestros pecados a los hermanos y hermanas en el Señor que guarden la confidencialidad. Estos creyentes fieles y maduros pueden interceder a nuestro

favor. Como resultado de esta confesión y oración «seremos sanados». La palabra *sanado* sugiere el perdón, la transformación y una restauración.

El pasaje más prominente del Nuevo Testamento acerca de la confesión se encuentra en 1 Juan. Juan el Anciano escribe a la Iglesia:

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Juan 1:8-2:2).

En estos versículos, Juan destaca varios conceptos de la confesión. En primer lugar, está escribiéndoles a los cristianos; por lo tanto, se espera que los cristianos confiesen todo pecado en sus vidas. En segundo lugar, los exhorta que no pequen. En tercer lugar, indica que «si» pecásemos, confiemos en que Jesucristo abogará por nosotros ante el Padre. En cuarto lugar, nuestro perdón se desprende de la muerte sacrificial de Jesucristo.

Dos factores hacen que el arrepentimiento sea necesario para el cristiano. El primero es el crecimiento en la gracia y el conocimiento. A medida que crecemos en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 3:18), buscando la santidad en nuestra vida (véase Hebreos 12:14), le pedimos a Dios que escudriñe nuestro corazón y saque lo que no le agrade (véase Salmos 139:23). Entonces, confesaremos lo que el Espíritu Santo nos traiga a la atención. El segundo factor es el pecado conocido en la vida del creyente (véase 1 Juan 1:9). Todo cristiano debe evitar las obras de la carne (véase Gálatas 5:16-26). Si descubriésemos una raíz de orgullo, amargura, envidia o cualquiera otra obra de la carne, deberíamos arrepentirnos inmediatamente. La salvación no es un suceso aislado, sino un camino de crisis y desarrollo. Mientras maduramos en nuestro camino en Cristo, aprendemos a escudriñar nuestro corazón y arrepentirnos del pecado. Esto es esencial para la renovación o de lo contrario moriremos. Juan Wesley, el fundador del

metodismo, instaba a sus seguidores a examinarse a sí mismos a diario y a arrepentirse de cualquier pecado de comisión u omisión. Considere estas seis preguntas de su examen:

1. ¿Vivió la Biblia en mí hoy?
2. ¿Estoy disfrutando de la oración?
3. ¿Cuándo fue la última vez que compartí mi fe?
4. ¿Oro acerca de mis gastos?
5. ¿Insisto en ir en contra de mi conciencia?
6. ¿Temo, no me agrada, repudio, critico, estoy resentido o he ignorado a alguien? En ese caso, ¿qué estoy haciendo al respecto?

Wesley no pretendía con sus preguntas complicar la vida cristiana ni condenar a los creyentes. Wesley sabía que la gracia de Dios es suficiente para perdonar nuestros pecados, superar nuestras debilidades y mantenernos en la senda espiritual. Estas preguntas nos ayudarán a crecer en santidad, acercarnos a Dios y parecernos cada vez más a Jesucristo, nuestro ejemplo. Este ejercicio del arrepentimiento como parte de la renovación constante, está ilustrado en el diario del líder pentecostal A. J. Tomlinson. El 9 de julio de 1901, Tomlinson escribe:

Anoche tuvimos un servicio muy especial anoche que duró hasta las 2:00 de la madrugada de hoy . . . Nosotros confesamos nuestros pecados, nos rogamos perdón . . .

Y el 4 de diciembre, registra lo siguiente:

Hemos tenido servicios de confesión y sentimos que hemos sido cernidos. A una persona se le ha pedido que abandone la obra. Otros están examinándose a si mismos (págs. 20, 29).

### **El arrepentimiento en la congregación**

El arrepentimiento de la congregación es un tema importante en las Escrituras (véase Joel 2:12-19). Aunque la Escritura exige el arrepentimiento individual, la Iglesia también debe hacerlo

con rigurosidad. Después de todo, Jesús llama siete veces al arrepentimiento en sus mensajes proféticos a las iglesias de Asia Menor (véanse Apocalipsis 2:5, 16, 21, 22; 3:3, 19). Se le dice a Éfeso que se arrepienta de haber dejado «su primer amor» (2:4-5). La iglesia de Pérgamo debe arrepentirse porque toleraba a los falsos maestros (2:14-16). Tiatira está llamada al arrepentimiento también porque permite a los falsos maestros y la inmoralidad sexual (2:20-22). Se manda a Sardis que se arrepienta de su muerte espiritual (3:1-3). Por último, los creyentes laodicenses deben arrepentirse de su tibieza (3:15-19). Dios por amor llama su Iglesia al arrepentimiento. Jesús dice: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete» (3:19).

### **Ejercicios pentecostales que facilitan el arrepentimiento**

Las disciplinas pentecostales que facilitan una vida de arrepentimiento incluyen el Lavatorio de pies, la Santa cena y el llamado al altar después de la predicación. El Lavatorio, tal y como el profesor John Christopher Thomas ha demostrado en su obra, *Footwashing in John 13 and the Johannine Community*, es la ordenanza pentecostal que más de cerca atiende el pecado posterior a la conversión. Thomas argumenta que el lavatorio descrito en el capítulo 13 de Juan, «significa la limpieza espiritual de los discípulos para la continuidad de su relación con Jesús. Como tal, el Lavatorio de pies funciona como una extensión del bautismo de los discípulos en tanto que alude a la constante necesidad de limpieza del pecado (después del Bautismo) a lo largo de la vida en un mundo pecaminoso» (pág. 152).

La Santa cena ofrece la oportunidad de que los creyentes se «examinen» a si mismos (véase 1 Corintios 11:28) y se arrepientan del pecado. El arrepentimiento puede ser una respuesta a la predicación de la Palabra, cuando el ministro invita a la congregación a arrodillarse, ya sea frente al altar o en las bancas, en busca del rostro del Señor. Los creyentes pueden arrepentirse de otras maneras (véase Lucas 3:10-14). Inclusive, cuando leemos la Biblia a solas encontramos que la

verdad de las Escrituras nos reconviene o corrige, llamándonos al arrepentimiento (véase 2 Timoteo 3:16).

### **Conclusión**

La gracia de Dios es suficiente para librarnos del pecado; pero si pecáramos, podemos confesarnos y Cristo abogará por nosotros ante el Padre. Si usted comprende que ha pecado, confiésete inmediatamente y busque el perdón de Dios. La verdadera confesión la restaurará.

Quizás usted deba separar un tiempo diario de oración para que Dios le revele cualquier área de su vida que no esté agradándole. Usted puede usar las preguntas de Juan Wesley y hasta una lista de sus tentaciones. Entonces, arrepíentase y pídale al Señor la victoria sobre esas áreas.

### **Lectura adicional**

R.H. Gause, *Living in the Spirit: The Way of Salvation* (Cleveland, TN: CPT Press, Rev. and expanded edn, 2009).

Cheryl Bridges Johns, 'Yielding to the Spirit: A Pentecostal Understanding of Penitence', in Mark J. Boda and Gordon T. Smith (eds.), *Repentance in Christian Theology* (Collegeville, MN: Liturgical Press, 2006).

Lee Roy Martin, *Living What We Believe: A Saved People* (Cleveland, TN: Church of God Adult Discipleship, 2018).

John Christopher Thomas, *Footwashing in John 13 and the Johannine Community* (Cleveland, TN: CPT Press, 2nd edn, 2013).

A.J. Tomlinson, *The Diary of A.J. Tomlinson 1901-1924* (The Church of God Movement Heritage Series; Cleveland, TN: White Wing Publishing House, 2012).

Presentado respetuosamente por el Profesor Lee Roy Martin (DTh) ante el Comité de Doctrina y Reglamenteo de la Iglesia de Dios, viernes, 11 de abril de 2019.